

## 9) «La tierra ha dado su fruto»

Lo hemos visto en el capítulo anterior: la postración en tierra expresa la humildad. Prácticamente todos los pasajes de la Regla donde aparece la palabra «*terra* – tierra» son pasajes en los que san Benito pide bajar humildemente los ojos, o pasajes donde pide postrarse para volver a ser humilde después de haber cometido un error o un pecado de orgullo.

Por lo tanto, necesitamos tocar la tierra, encontrar siempre de nuevo el contacto con la tierra, mediante los ojos, la cabeza o todo el cuerpo, para volver a encontrar el verdadero sentido de lo que somos, de la tierra de la que hemos sido modelados, y esto como para demoler las construcciones de nuestro orgullo que falsean nuestra relación con nosotros mismos, con los demás, con Dios. Esto nos hace encontrar nuestra verdad original, que es una verdad fecunda, fecundada por el Soplo de Dios.

Cuántas veces sentimos que nos falta el Espíritu de Dios. Pero pretendemos volverlo a encontrar solo espiritualmente, solo, por decirlo de alguna manera, subiéndolo hasta el cielo a buscarlo, como para agarrar al vuelo la Paloma... Y descuidamos comenzar desde la tierra, desde lo que es nuestra portada, con lo que hemos sido amasados. El Espíritu puede fecundarnos si encuentra en nosotros la tierra, una tierra disponible a la obra de Dios que quiere modelarnos a su imagen.

Creo que se podría leer toda la Regla a la luz de esta verdad. San Benito nos quiere neumatóforos, habitados por el Espíritu Santo, con el corazón dilatado por la caridad. Nos pide diversas prácticas “espirituales”, como el Oficio divino, la *lectio*, el silencio. Pero no es tanto a través de la espiritualidad como trabaja para este fin. Prefiere preparar en nosotros la tierra fecunda; comienza con la humildad, y vuelve a empezar siempre con la humildad, con la tierra. Y para él la humildad no es solo una virtud interior. Es una tierra que comprende toda la vida en el monasterio, todo lo que se hace y se vive en el monasterio, en la comunidad, en el trabajo. Solo si se prepara esta tierra, el Espíritu puede fecundarnos y dar fruto en nosotros. En el Oficio, según la Regla de san Benito, se canta cada mañana en Laudes el Salmo 66, que dice: “La tierra ha dado su fruto; ¡nos ha bendecido el Señor nuestro Dios!” (Sal 66,7).

Pensemos especialmente en María. Ella es, ante todo, la tierra fecunda que ha dado su Fruto, por obra del Espíritu. San Benito, sin nombrarla jamás, quiere enseñarnos a dejarnos engendrar por medio de ella en la humildad de la tierra que Dios bendice.

Es precisamente a este nivel en el que debemos entender también la importancia del trabajo manual en la vida monástica benedictina. El trabajo para Benito es una vuelta a la tierra, es como postrarse en tierra para volver a encontrar la humildad que Dios puede fecundar con el Soplo de vida. “Los monjes son verdaderamente tales cuando viven del trabajo de sus manos, como hicieron nuestros padres y los Apóstoles” (48,8). Aquí san Benito habla del trabajo agrícola, del trabajo de la tierra. Lo dice bien consciente de que este tipo de trabajo no será siempre y para todos el trabajo habitual. Pero lo dice para que los monjes mantengan la conciencia de que es con este espíritu con el que debemos

trabajar, incluso en los servicios que no tocan la tierra, como el trabajo intelectual o al ordenador. En efecto, el trabajo de la tierra es el trabajo de Adán, ya desde el jardín de Edén, es el trabajo el que nos humaniza, el que nos hace tocar mejor lo que somos.

Esta afirmación, por otra parte bastante tajante, la dice san Benito a propósito de los trabajos que, como he dicho antes, no debían ser habituales para los monjes de sus abadías: el trabajo de la recolección. Por otra parte, es natural a las cosas que no se recolecte todo el año. Pero parece que Benito quisiera que, de esta experiencia que era excepcional, los monjes aprendiesen una actitud a tener en cuenta en todos los demás trabajos y también en su relación con toda la realidad. Como los gestos de postración, que educan para la humildad, no se pueden hacer todo el día, mientras que tenemos que ser humildes continuamente, así tenemos que dejarnos educar para vivir una relación constante con la realidad a través de un trabajo manual excepcional y trabajoso, como la recolección en el verano y en el otoño.

Pero leamos la frase en el capítulo 48 que precede la que he citado más arriba, “Los monjes son verdaderamente tales...”. Benito escribe: “Si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la recolección, que no se disgusten” (v. 7).

Esta frase nos dice mucho a cerca de la relación con la realidad a la que la Regla quiere llevarnos. En primer lugar, esta nos recuerda que la realidad es la realidad, y que una ilusión es una salida de la realidad, una negación de la realidad, que no puede más que conducirnos a un callejón sin salida, o, aún más, al nihilismo. Todos nosotros corremos el riesgo de querer vivir nuestra vocación solamente a partir de lo que pensamos, de lo que nos imaginamos, de nuestros sentimientos, de nuestros gustos. En tal caso, la realidad que tenemos ante nosotros no puede ser mas que un obstáculo, una serie de inconvenientes que se deben continuamente tratar de evitar, de huir de ellos, de censurar. Tenemos nuestro proyecto, nuestro proyecto ideal, y a este proyecto no puede corresponder más que una realidad ideal que no se le oponga. Pero he aquí que la realidad nos fastidia algunas veces desde que nos levantamos por la mañana. La realidad es terriblemente objetiva. Y san Benito describe aquí tal objetividad con dos palabras: “*loci necessitas* – la necesidad del lugar” y “*paupertas* – pobreza”. La necesidad del lugar son las circunstancias tal como se presentan hoy. El grano está maduro, y no hay nadie para ponerlo en su lugar, y necesitamos ponerlo en el granero, si queremos tener pan para todo el año.

Unida a esta necesidad, está la pobreza, que más que ser una situación económica es un situarse ante la realidad, ante las circunstancias. Somos pobres, somos limitados, no tenemos los medios, las fuerzas, las ayudas, para permitirnos el lujo de vivir según nuestros sueños.